

NUEVAS PERSPECTIVAS DE LA LABOR MISIONERA

486

A la luz del Concilio Vaticano II

La presencia en Roma de la casi totalidad del Episcopado católico, ha dado ocasión magnífica para el conocimiento y contacto personal entre Obispos y otros eclesiásticos de las más diversas razas y naciones. Lo que unos y otros sabían y sentían respecto de la acción y vida católicas en tan disímiles y apartadas regiones, lo han podido ahora comprender mejor, respectivamente, en los encuentros y charlas a que se presta la asamblea universal de estos días.

Es un hecho sumamente natural, que aun cuando unidos en una misma fe, disciplina y espíritu, no siempre los católicos de todo el mundo nos

podemos conocer tanto como para valuar y admirar los méritos, la ejemplaridad y hasta los heroísmos de nuestros hermanos católicos en países no sólo distantes geográficamente, sino además de razas y civilizaciones alejadas de la órbita del propio Continente.

Si aun para la misma Europa, todavía hoy el mundo hispanoamericano resulta una nebulosa de nombres y naciones, de los que apenas se sabe algo con precisión; eso mismo en mayor escala ocurre con respecto a otros Continentes, especialmente desde la hora en que tantas nuevas naciones —hasta hace poco colonias europeas— han transformado la geografía política de medio mundo. Antes se hablaba globalmente de Africa y aun de Asia, y nadie exigía mayor especificación, porque todo se admitía como un solo conjunto indeterminado. ¡Pero, si aún hoy las referencias europeas respecto de América hace sonreír! Como harán sonreír también a un asiático las equivocaciones americanas respecto del Oriente. Hace pocos días, en charla con una importante persona, mencioné el nombre de un Arzobispo y dije que era de Buenos Aires. A lo cual me replicó con gran viveza: “¡No, de Argentina!” Y fue necesario, ante mi insistencia, y la negativa también insistente de mi interlocutor, aclararle que Buenos Aires es la capital de Argentina.

Mas, prescindiendo del aspecto anecdótico, y de lo meramente natural de este desconocimiento real que aún en nuestros días impera, nos parece providencial —como efecto secundario de esta reunión en Roma para el Concilio— la oportunidad que ha habido para que de persona a persona, o en reuniones y conferencias, no menos que por medio de entrevistas y artículos de prensa nos conociéramos mejor los miembros de la Iglesia Católica; nos estimuláramos mutuamente al saber de las luchas, afanes y dolores de unos y otros por la fe y el apostolado, y así crezcamos “in aedificationem Corporis Christi”, según la gráfica exposición de S. Pablo.

La Iglesia en las nuevas naciones

Si la convivencia de esta temporada a todos nos beneficia, pues nos ilustra y acerca espiritualmente, y con ello nos une aun a los que geográficamente estamos más distanciados; semejante buen efecto creo que es especialmente trascendental respecto de ese crecido número de naciones —algunas bien grandes— que desde hace muy pocos años han logrado su independencia y soberanía, y figuran por ende, en el concierto de las demás naciones con igualdad de categoría.

Es un hecho muy elocuente y consolador que la Iglesia Católica nace y se desarrolla en lo esencial de su vida, y en su unidad de doctrina, igualmente en una u otra parte del mundo, independientemente de la posición geográfica, de la raza o del régimen político. Es *una* en todo y para todos. Y solamente en lo accidental difiere su régimen de organización, según las condiciones de su mayor o menor desarrollo, y según se trate de naciones o regiones con grandes núcleos de población católica, o no. Este último es, por ejemplo el caso de las tierras de misión en sus primeros años.

Sabido es que muchas de las grandes y florecientes misiones —concretamente— de este último siglo, se desarrollaron, y aún siguen, en territorios que eran dependencias coloniales de

naciones europeas. Tal era el caso de casi toda Africa y una buena parte de Asia.

Pero siempre, en todo territorio de misión la Iglesia pone empeño en que tan pronto como sea posible se pase de la organización meramente misional, a la de régimen jerárquico igual al de los países no de misión. Y para la mejor eficacia del apostolado, a la vez que para la identificación de esas nuevas cristiandades con su propia nacionalidad, raza y costumbres, se procura a todo trance, desde el principio, la formación de clero nativo, en cuyas manos habrá de ir quedando, gradualmente el régimen y la Jerarquía católicas de dichos países.

Los últimos Papas, sobre todo a partir de Pío IX, han demostrado vivo interés en que se constituyan regularmente nuevas Diócesis en territorios misionales previamente organizados como Vicariatos Apostólicos. Y la culminación de esta labor ecuménica, ampliamente desarrollada por Pío XII, ha sido la creación incluso de miembros del Sacro Colegio de Cardenales en países donde todavía queda por hacer mucha labor misionera.

Es evidente que este proceder de la Santa Sede ha debido ejercer cierto influjo muy beneficioso en la formación del sentido y de la conciencia nacionalistas en regiones que hasta entonces eran colonias europeas. La creación de la Jerarquía Católica ha sido el espaldarazo de la Iglesia. Era como decirle a esas regiones, que se las consideraba tan desarrolladas social y religiosamente, y tan capaces de gobernarse en lo eclesiástico con régimen propio, que por eso se les concedía la plenitud del orden jerárquico, igual al de las naciones no consideradas de misión. Parece natural que semejante reconocimiento habría de despertar —al menos en la población católica— el convencimiento de su madurez nacional. Y la Iglesia no ha esperado —no tenía por qué— para tal organización jerárquica, a que esos territorios de misión alcanzasen antes su independencia política. Ejemplo típico, entre otros, es el del *Congo ex-belga*. Mucho antes de declararse libre, ya la Iglesia había establecido una numerosa Jerarquía de más de treinta Obispos Residentes. Y tal vez sea esta actitud y práctica de la Santa Sede lo que ha motivado que en varias de estas nuevas naciones —aun algunas de minoría católica— al sobrevenir los cambios políticos y declararse independientes, los gobiernos nacionalistas han mirado con simpatía e incluso han favorecido a la Iglesia, porque consideran su labor no sólo libre de compromisos colonialistas, sino además altamente beneficiosa, entre otras cosas en el plano educativo, pues no pocas veces los nuevos gobernantes se habían formado en centros de enseñanza católicos.

No menos importante es el hecho —si alguno, bien claro— de cómo la Iglesia en esos territorios de misión, ahora nuevas naciones, ha sido verdadera madre amorosa que, junto al pan de la fe cristiana y al remedio de las necesidades espirituales, ha repartido con igual caridad el alimento material y la atención corporal a niños, ancianos y enfermos, en comedores, asilos y hospitales para las clases más menesterosas; y donde la abnegación y celo de misioneros y misioneras ha sido diario y perseverante testimonio de la doctrina de Jesucristo. También aquí cabe recordar que muchos de esos países coloniales, al lograr su independencia, no pueden menos de experimentar intensa preocupación social respecto de las graves necesidades que aquejan a

numerosos sectores de esa población pobre y desamparada. Y ante problema tan urgente, advierten enseguida los gobernantes, que ya la Iglesia se había preocupado vivamente de dicho problema, y que sigue dispuesta a prestar toda colaboración para resolverlo.

Toda esa labor la han realizado los misioneros, independientemente de su carácter secundario y accidental de operarios dentro de un orden político colonial. Por eso, con mucha razón declaraba, por ejemplo, Mons. Busimba, Obispo del Kivu, en el Congo, que el afecto y admiración a la Iglesia es ahora mayor aún en toda la población, porque "todo el Congo ha comprendido que la Iglesia no es el Estado colonial, que los misioneros no son funcionarios coloniales; pues mientras tales funcionarios se han marchado, los misioneros han quedado en sus puestos y han continuado ayudando a las pobres gentes como antes de la independencia lo hacían."

Lo que este Obispo ha dicho, puede por modo paralelo extenderse a otras regiones de misión, todavía con mucha población por cristianizar, y en las cuales ya se han constituido nuevos Estados independientes.

Algunos datos estadísticos

Son cerca de 850 los Obispos de tierras de misión de todo el mundo, presentes ahora en Roma para el Concilio. De éstos, 400 son de Asia, 300 del Africa y 75 de Oceanía; y unos 80 de las zonas misioneras de América. Aunque en total esta representación jerárquica sólo comprende un 15 por ciento de los católicos de todo el mundo, despiertan gran interés porque esas tierras de misión son las avanzadas de la Iglesia; ahí están los núcleos de cristianos nuevos que siempre se manifiestan con espontáneo fervor, y son por ello esperanza para la vida cristiana en perpetua renovación.

Respecto del movimiento estadístico de nuevos adeptos al catolicismo, bastará señalar unos pocos datos, para comprender su importancia. En Africa, del año 1959 al 1961, el aumento de católicos fue de más de cuatro millones. Solamente en el Congo, las escuelas católicas educan 1.400.000 alumnos, y cuentan con un personal de 40.000 maestros congolese.

En Asia —sin contar las regiones hoy bajo dominio comunista— el crecimiento de la población católica ha sido, en lapsos de dos años, de un millón aproximadamente. Y los sacerdotes nativos aumentan en 200 por año. Como caso particular, baste tener en cuenta que en la India, sobre todo en la provincia de Kezala —la de mayor incremento católico— para más de seis millones de fieles, cuentan con 6.437 sacerdotes, de los cuales el 70% son nativos. (¡Qué ejemplo para Venezuela!)

Proyecciones

No es nuestro intento presentar un cuadro del desarrollo y perspectivas actuales del catolicismo en tierras de misión. Al señalar a través de unos pocos datos concretos lo que significa hoy en la Iglesia esa pujante cadena de nuevas naciones en marcha consistente —y a veces rápida— hacia el catolicismo, lo que deseamos es destacar algunos de los problemas que más se acentúan actualmente, y que sin duda hallarán estudio y comprensión adecuada en las sesio-

nes del Concilio, especialmente al llegar el tema concreto de "las Misiones".

Por primera vez en un Concilio Ecuménico han estado presentes y activos tantos Obispos y de tantas naciones de territorios de misión, pero en los que ya está organizada la Jerarquía Católica como en cualquier nación europea.

El contacto de estos Obispos con sus hermanos de otras naciones no de misión, les ha hecho ver a estos últimos —tanto en las sesiones conciliares, como en reuniones y charlas privadas, o de persona a persona— que en la mayor parte de aquellos Continentes hasta hace poco bajo dominio colonial, se vive una etapa totalmente nueva. Es el despertar natural y necesario de la conciencia nacional, de naciones jóvenes, que en posesión de su independencia política, aspiran y se encaminan a vivir también su propia vida social, cultural y económica. Sin incurrir en exagerados nacionalismos —hoy casi imposibles en un mundo cada vez más pequeño— nada hay de criticable en el hecho de que cada raza y nación busque en su historia y tradiciones la expresión cabal de su vida, y con ello el mejor acierto en su organización general.

Esto naturalmente ha de afectar —y ya afecta— a la implantación y organización de la propia Iglesia católica. Hasta ahora la labor de las misiones, por medio de personal de cultura europea, ha sido un transplantar la fe cristiana exactamente a la manera como esa fe existe y se vive en la llamada civilización occidental. De ahí que en cierta manera ha podido aparecer el cristianismo como una importación extranjera, al menos en sus formas externas: lengua latina para la liturgia, ornamentos sagrados y sus colores, canto gregoriano, etc.

Ante la valoración nacionalista que hoy hacen estas nuevas naciones de todo lo que es representativo de su cultura autóctona, se advierte cada vez con más claridad que una adaptación prudente y regulada de la Iglesia, en las prácticas externas del culto, conforme al sentir y a la cultura de esos países no europeos, sería altamente beneficiosa.

Siendo lo sustancial y esencial de la fe, la unidad de doctrina y de disciplina o régimen, lo demás son medios externos que la Iglesia adopta y adapta según lo juzga conveniente. De ahí que —a este propósito— durante las sesiones del Concilio, al tratarse el "esquema" de la Sagrada Liturgia, se oyeron exposiciones muy urgentes y razonadas de Obispos de algunos de aquellos países donde hoy sería deseable que la Iglesia presentara sus prácticas religiosas en moldes más al alcance, más connaturales, según la cultura nativa. Si aun en nuestros pueblos de cultura europea, hoy se ha puesto ya en práctica ese acercamiento litúrgico con el uso de la lengua común, suprimiéndose el latín, fácil es de entender el deseo de otras naciones de cultura no occidental.

Pero hay algo más. No es solamente en las prácticas del culto donde ocurre esa necesidad de una adaptación a lo nacional. También en el orden intelectual se abre un panorama interesante. Veamos, como ejemplo, el caso de Africa. El africano tiene una filosofía totalmente diversa de la filosofía aristotélico-cristiana que la Iglesia enseña como fundamento racional para las enseñanzas del dogma cristiano. Hasta ahora la formación del clero católico en Africa, como en todas partes, se hace por medio del estudio previo de esta filosofía greco-cristiana, latinizada. Un sabio sacerdote surafricano nos decía:

"¡Usted no puede suponerse lo difícil —con gasto de energías y tiempo— que a nosotros los africanos se nos hace estudiar una filosofía que no nos dice nada, que está totalmente desvinculada de nuestra natural manera de pensar y de sentir!" Dicho sacerdote acaba de escribir, y publicará pronto en inglés, un ensayo de filosofía africana. Tuvo la gentileza de dejarnos leer algunos capítulos de dicha obra. Nos quedamos sin palabra. Nada de lo que allí se expone tiene parecido alguno con nuestra filosofía. ¡Y allí está el alma de los africanos!

Si pues la filosofía pagana de Aristóteles sirvió un día a la Iglesia para la enseñanza racional de las verdades del cristianismo; de igual manera —decía este sacerdote— podemos llegar a cristianizar los principios de la filosofía africana. Quizás no esté lejano el día en que Dios suscite la figura de un africano que realice —en forma parecida a como lo hizo Santo Tomás— la síntesis de la filosofía afro-cristiana.

Y si nos tornamos a la India, también allá no pueden menos de pensar y sentir que su cultura milenaria bien puede brindar al cristianismo moldes y expresiones que hagan más asequibles y gratas las enseñanzas de la fe. "Se nos habla de la cultura occidental" —nos decía un ilustrado Obispo indio—, "pero esa cultura tiene dos mil años. Nosotros no somos occidentales, sino orientales; ¡y nuestra cultura tiene cuatro mil años! También nuestra cultura puede servir de vehículo para la fe; y ésta no será mirada por las clases cultas como cosa extranjera ni antinacionalista, si se la presentamos engranada en nuestra cultura tradicional."

Como se ve, hay un despertar agudo de la conciencia del propio valer en estas nuevas naciones donde están las avanzadas de la Iglesia. Es providencial que en esta coyuntura, se haya reunido un Concilio Ecuménico, donde temas de tanta trascendencia podrán ser conocidos, tratados y resueltos en la forma prudente y sabia con que la Santa Madre Iglesia, bajo la luz del Espíritu suele hacerse presente a las necesidades de todos los pueblos que buscan la verdadera fe. Si hace veinte siglos la Iglesia, con medios greco-latinos cristianizó a Europa y otros pueblos, "no se ha abreviado la mano del Señor"; y también hoy podrá cristianizar en forma más eficaz, con medios africanos o asiáticos, a los millones de hijos de Dios que esperan sedientos el agua santa del bautismo.

Finalmente, quizás aún en el orden formalista de las expresiones, hoy esos nuevos Estados independientes y soberanos verían con complacencia que —aun cuando de minoría católica muchos de ellos— se los tratara y designara no con la exclusiva denominación de "misiones".

Este término tal vez recuerde demasiado el período —hoy superado— de su condición de colonias conquistadas por poderes europeos, y luego —bajo ese dominio— conquistadas también para la fe. Claro que la labor misionera ha de seguir y el régimen de las zonas misioneras es magnífico. Pero a éste nada se opone el que la referencia a naciones que viven intensamente su actual independencia, no se haga en adelante con el simple título de "misiones". Parecerá esta advertencia una nimiedad; pero no resulta tal, cuando se vive y se aprecia la sensibilidad con que los pueblos jóvenes estiman su propio valer.

Pedro P. BARNOLA, S.J.

Roma, 22 de noviembre de 1962.